



aunque hayan de ajarse un tanto por la tarde, y luego «dormirse en brazos de la noche fría»; porque tales conceptos de luto de muerte en rosas «que para envejecerse florecieron», son demasiado inexorables para cuando ante nosotros están los ojos sonrientes de un hijo.

¡Ah! Ya la aurora apunta en el horizonte; ya crece, colando su luz por sobre las cosas; ya el día nuevo se toca con las manos entre tinieblas deshechas, deseos cuajados en vida y dulces alientos hechos realidad. Nació el hijo, y su aurora es un signo doble y paralelo; aurora es la sonrisa del hijo que ha nacido, y también lo es la luz de su propia vida, llena de promesas.

¡Cándida niñez! Como flores entre los hombres llegan a nuestro reino del dolor y de las lágrimas, con el ropaje de bendita candidez del lirio y de la azucena—flores entre flores en el símbolo de la pureza—; lirio puro, azucena abierta, alma de niño que aun desconoce la maldad y no tiene hipocresías de hombres, ni el rencor de los grandes, ni sus envidias y sus odios.

Su risa es murmullo de arroyuelo que, tierno aún, hilo transparente apenas, juega su zig-zag de aventura monte abajo, cantando alegre la canción del agua hasta crecer, crecer, y dar en río grande, y seguir corriendo, corriendo, y dar por último en la mar; y ya tenemos otra vez el morir, que siempre nos sale al paso al final de cada ruta.

El hijo es también como el sol y su vida como el camino del astro; matemática, trazada ya, ¡inexorable!, que apenas alborea y sube alegre por la línea de grados de su elíptica prodigando luces para alegrar a todos—sonrisas—, hasta que lo dejamos allá arriba, a la hora joven de la mañana, para que no llegue el luminoso símbolo a edades de mediodía, ni lleguemos a saber que también por aquí viene, cada noche, la muerte.

No hay en el niño noche, ni siquiera tarde; mañana sólo, joven, tierna, alegre y luminosa como primavera en flor que apunta en el vergel. Que como primavera en el tiempo es el hijo en la vida.

Claridad de amanecer, olor de primavera, brotes primeros del rosal; hilos, tenues aun, de agua del monte que aprende a despeñarse entre su propio y dulce rumor; luz creciente del sol encendido en la nueva mañana. Aliento de vida, que un amor de madre trae al mundo entre dolores para sembrar alegrías en su contorno.

#### HOGAR

Y la esencia del hijo queda condensada en esa intimidad maravillosa que expresa la palabra «hogar», llena verdaderamente de fragancias absolu-